

ANTONIO LÓPEZ ALONSO

LA REBELIÓN DE LOS VAGABUNDOS

V PREMIO NACIONAL DE NOVELA CIUDAD DUCAL LOECHES

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

© Antonio López Alonso, 2010

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

Mayo de 2010

© Ediciones Irreverentes S.L.

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959-63-7

Depósito legal:

Diseño de la colección: Dos Dimensiones S.L.

Maquetación: Absurda Fábula

Imprime Publidisa

Impreso en España

A María Jesús, el gran amor de mi vida.

A mis hijos: María, Antonio, Cristina, Fernando, mi sangre, mi vida.

PRIMERA PARTE:

PADRE

CAPÍTULO I

Y va mi pobre hijo y me dice: «Papá, aunque a veces mi cabeza anda por cualquier otro sitio, yo quiero estudiar; no quiero sentirme parado; quiero entrar en la Universidad».

Y yo voy y le digo que sí; que por qué no; que todos los días amanece, y que conseguiré lo que se proponga.

Y me da una pena, una congoja; se me cruje el dolor tan en los adentros que, si no fuera por hombre y por padre, me dejaría llorar por los rincones de la casa, como una plañidera con sentimiento. Y se me aplaca, ascendentemente, la laringe; en la verticalidad de su disposición anatómica percibo las vibraciones propias de lo que se va haciendo progresivamente permeable para que nazca la palabra, pero todavía no me lo permite; el ahogo es mucho, y la amargura, arrebolada en el pensamiento, no cede en su perversidad todavía. Pero más tarde sí; más tarde va y se deshace en el cobijo de la esperanza que parece que todavía no se va a perder, que se resiste: es como el último reducto de una demorada reclusión.

Y me contengo; aunque perceptible en mi rostro la ansiedad que siento, me contengo.

Y como no me salen las palabras, me levanto con discreción de la silla, abandono el salón de casa y mi contraído pecho se distiende en la soledad de mi cuarto, en la azarosa individualidad de mi destino.

Pedro tan sólo tiene 19 años, pero la enfermedad se lo está llevando por delante; y la medicación le aturde, en un fluir constante de divagaciones.

Repito conceptos, ideas, que todo va en la misma dirección: su futuro. «Y, si no, haré FP». «Pero no; yo quiero estudiar». Parece como si el apretado nudo de una cuerda lo mantuviera perpetuado en el olvido de una realidad.

Se levanta con una obsesión y en el momento siguiente ya está flagelándose el cerebro con otra casi idéntica; distinta en las palabras, pero con exacto contenido.

Parece como si tuviera una noria, girando y girando con sus ideas de repetición en la cabeza. Como un bombardeo constante, devanando pensamientos sin cesar; como una insaciable ametralladora, disparando en el campo de batalla de sus neuronas, bioquímicamente perturbadas.

Se le nota tanto desasosiego, tanta zozobra en la cara, en el perfil desatento de su rostro que parece que a su juventud se la están comiendo los fantasmas exabruptos e incondicionales para la maldad, y que le tienen poseído los recovecos más íntimos de toda la geografía de su cuerpo. Nada escapa a las exigencias de la enfermedad.

La enfermedad es como un atropello que embiste sin condescendencia; como una mala bestia que cercena el poderío fisiológico que nos permite caminar, correr, digerir, pero, sobre todo, meditar con coherencia. Va, salta la barrera y, desde el callejón del alma, grita un mugido que se expande por todos los tendidos. (Así es Pedro; así mi hijo del alma). Se le ha metido tan profundamente en las carnes, tan intensamente en sus adentros, que va perdiendo la lisura y la elasticidad gozosa de los pocos años transitados. Hasta en la mirada se dibuja sobornada la tristeza: la de los que no ríen, la de los que penan y sollozan.

No hay indultos, ni treguas de paz. Es como una cacería de brujas con saldo al por mayor: ¡maldita sea su estampa, el arrojito cobarde de inesperado atrevimiento, el despojo del criminal atentando contra la salud!

No me separo de su lado. He dispuesto mi existencia en función a los planes de su vida; a sus horas de Instituto; a sus comidas y recreo; y no paro de contarle cuentos de mayores, para recrearle en esa innata ingenuidad que siempre ha tenido.

Me pregunta cientos de veces, y mi respuesta, mis palabras, en ocasiones, se alborotan y me hacen dudar. Y es lo que no quiero; no deseo que me dibuje inseguro, distraído, sino fuerte, andante arrollador de caminos que purifiquen el devorador estruendo de su inagotable albedrío.

Y va un día y me dice:

–Papá; si yo tan sólo aspiro tener el día de mañana unos pocos miles de pesetas al mes, una mujer y unos hijos.

¡Con qué poco te vas conformando, hijo mío!; ¡cómo has ido bajando peldaños en tu transición a la vida adulta! Nunca, hasta ahora, como ahora, has andado tan desafortadamente, inventándote el futuro; buscándote en tus palabras a mí dirigidas; ¡con qué poco, tu enfermedad, te permite seguir caminando!

Recuerdo tus sueños: «Papá, quiero ser físico para interpretar las fuerzas ocultas de la naturaleza, la justificación de los desplazamientos de los planetas, las entrañas de los maremotos... ¡Y vas y te quitas casi todos...! Sólo unos pocos cientos de euros para poder vivir con dignidad, humildemente; con el amor como el vuestro, como el de mamá y el tuyo». Parece lógico que nos tomes como referencia. Deseas reflejarte en tus hermanos que han triunfado en los estudios y, al sentirte incapacitado para ello, vas y me lo dices; y me lo vuelves a decir; y, más tarde, me lo repites de nuevo...

–Para probarme, voy a coger este libro de historia, elegir al azar un tema, esquematizarlo, estudiarlo y, después, me lo preguntas. ¡Quiero saber hasta dónde alcanzo!

¡Qué dura me parece tanta prueba; ese constante torbellino; ese pertinaz denuedo por demostrarte que no has perdido ni un ápice de tus virtudes intelectuales; que no deseas reconocerte en la duda sino permanecer en una constante certeza!

Y yo te miro una y otra vez, –en realidad no dejo de mirarte–, para cerciorarme de qué lado verdaderamente estás; hasta dónde alcanza el límite, la frontera de tu deterioro. Y lo que evidencio, se transmina a mí como una bofetada; como un pedazo de golpe hecho a martillazos. Y entre el amor que te tengo y lo que de él respiro, puede más el deseo que la objetividad, negándome a no constatarlo desde la clarividencia, desde esa lucidez que nadie tenía como tú, y que considero que la sigues teniendo.

Probablemente, hayas perdido parte de esa facilidad para expresar la palabra. Este es uno de tus miedos más insistente: el que se te degraden las

voces, el tono, la dicción adecuada, la modulación precisa; ese orgullo con el que siempre te has pavoneado entre los amigos y que, algunos, han aceptado honestamente.

Hay momentos en los que me decido a recordar parte de tu mundo (¡qué cúmulo de destemplanza y pereza me invade en ocasiones!), pero no resulta fácil, pues los recuerdos están excesivamente sujetos a los caprichos y a la casualidad. Y cuando, finalmente, acude la memoria, le ruego que camine hacia atrás, que retroceda en el tiempo para mirarte. Y te contemplo tan vivo, tan echado hacia adelante, con tanto grito y empaque que, cuando te invito en el ahora a pasear juntos por el parque, mi corazón se llena de una turbulenta nostalgia y desaliento, al contemplarte tan pasivo, tan poco atento a la realidad que te rodea y que te envuelve...

Has perdido el tono vital, el gracejo, el encanto de tu cara, simulando ser un muñeco metálico sumergido en una mórbida inconsciencia y en una rigidez de espanto.

Rudo en las formas, en el movimiento de tu cuerpo, pareces en tus andares un personaje en indolente torpeza, copado de una pastosidad desmedida, atenazado en la falta de incentivos.

Te miro a los ojos y tu mirada es la que me coloca en el peor de los indicios: dice tantas cosas a la vez, con tanta premura que, conjugándose entre sí, se resume en un alarido de ayuda: «ya no sé si podré soportarme así, papá», —pienso que me dices, lo adivino—; con esa sutileza y precisión con la que me he manejado siempre. «¡Ayúdame papá!», escuchan mis oídos. Y esto no es soportable para mí; esto es lo peor, lo que más me rompe y me supura. «¡Ayúdame, papá!». Y yo me siento tan horrorizado como la impotencia por no poder hacer nada por curarte.

Me huyo, me escapo de tu presencia por un instante para recapacitar, para buscar, en la soledad de la arboleda alguna solución ante tanta intoxicación por tu parte. Pero no me lo permites y, entre la humareda de sombras de la caída de la tarde, me persigues como un perro para preguntarme de nuevo si regresarás a lo de antes, a tu capacidad para concentrarte en el estudio, a tu prodigalidad y contumacia en el discurso para incitar al levan-

tamiento, a no dejar ni una sola conciencia ajena al atrevimiento, enardeciendo a la clase, soliviantando al instituto entero a la manifestación, a la huelga.

Tú, el rebelde, el que siempre has aceptado como único reino la libertad, te flagelas con tus dudas, con tus posesiones lúgubres, con tus disertaciones mentales, pletóricas de podredumbre y decadencia.

Te castigas tanto, te cuestionas tanto, que tu mente exhausta, agotada, se trasmuta en un gorgoteo iracundo de gorriones; en un revoloteo incoordinado y mordaz. Da la impresión de que te muestras instalado en el desmantelamiento de la totalidad de tu persona, del estrago de tus carnes.

Yo bien quisiera resucitar, desenterrar esa etapa de tu vida inmaculada, intacta, de mente puramente conectada. «Ayúdame, padre, por favor», aclaras, insistes nuevamente, sentados, ahora ya, en el banco solitario (¡qué duro este paseo!) humedecido tan sólo por la luna y la farola, el cuenco semiabierto de tus ojos. Y yo no sé qué hacer para sacarte de esta acequia preñada de bardales, embrozada de barro, hendida en el hedor más insoportable de esta experiencia compartida. Pero yo no me canso de decirte, hasta setenta veces siete, que te curarás, que las cosas tienen su camino, su tiempo, su espacio adecuado. Que recuperarás la dinámica, el perfil, la sutileza de tus movimientos; el tono, la intensidad, la vocalización ajustada en la palabra, la inteligencia para hacer, con todo ello, lo que te venga en gana.

No; por favor; no me sigas mirando de esa forma, con esa apremiante necesidad de indulto por algo que no has cometido. Pero, ¿no te das cuenta de que entre tanto culpable en el reparto, el que menos protagonismo tiene de tu enfermedad eres precisamente tú que la padeces? Por favor, hijo mío, aparta de mis ojos los tuyos, porque me anulan la capacidad para respirar, enredándome en los juegos perversos de tu propio destino. Entonces, adivinando quizás mi pensamiento, o dejándote llevar por esa atrevida intuición que siempre te ha caracterizado, vas y te levantas del banco y te acuquillas sobre el tronco de un árbol con la intención de desaparecer: figura convexa amotinada; pelota de trapo humillándose en los límites del muro, a tus propias fronteras.

Coronas de laurel y mirto tan sólo encuentro en tus orillas. Aturdido, ebrio, semiinconsciente, te reconozco con tanta insistencia que no sé qué pensar.

Dañado te veo, lastrado en un desvarío y en una urgencia tan exagerada que, tu repetitiva obsesión, simula un eco extraño de mitológicas resonancias, iniciado hace tanto tiempo que me resulta un imposible entenderlo atravesando el aire, la transparencia gaseosa de la atmósfera.

Pero aun así, qué poco pides; apenas nada, y mucho a la vez; depende de quien te escuche, de quien escudriñe tus palabras: parece que, desde la súplica, desde el ruego, estás pidiendo perdón.

Tú que exigías el dinero los fines de semana, que apaleabas con desatino las sillas y la mesa de la casa, tienes miedo incluso de sentarte en ellas, de comer en ella. (Lo que hace la inseguridad, las fisuras que rasgan el alma por tu enfermedad: parodia que, sin desearlo, estás representando).

¡Cómo es posible que la vida te haya hecho esto a ti, si la misma vida, en la que habitabas poseído, era todo proyecto, dimensión de futuro, recorrido ascendente!

Nadie me instará a mí a dejarte sin palabras; al fin y al cabo, tuyas también son. Conmovido estoy; me encuentro por tu comportamiento, tan casi nada, tan de nadie...

Penguazas y lagartos rastrean los bardales adheridos al propio tronco en el que te apoyas encogido; así las piedras herrumbrosas de la cerca caída del parque. Todo es miseria y descomposición.

Apelo a la misericordia de tus duendes (alguna tendrán), a la de esos brujos que te poseen emboscado. En frustraciones y naufragios te reconozco sometido, cuando lo que tú necesitas es complacencia; estimarte como te mereces, es lo que debes buscar: *homo ludens* decaído.

Te miro todo lo que me permite la oscuridad de la noche y la arboleda, y me vienen a la memoria tus amigos, en este mismo parque; esos compañeros de viaje tuyos, hijos de la droga y del alcohol, que me han merecido siempre escasa o nula fiabilidad, en contra de lo que yo sé que tú piensas al respecto.

¿Compañeros de verdad, dices? ¿Fieles amigos, también dices?
¿Cómo es posible que todavía sigas aceptando este concepto?
¿Cómo es posible que no te hayas dado cuenta de la grave responsabilidad que tienen en tu enfermedad?

Ellos se acercaban a ti buscando tu dinero, tu generosidad, tu entrega en la amistad. Pero yo los he visto, a tus espaldas, mofándose de tu estado ebrio, colocándose en el centro de su corro, acuchillándote con palabras que llegaban a ti tan confusas que despertaban la hilaridad en tus propias mejillas, en tus entorpecidos y babeantes labios, en tus desencajados ojos. ¡Cuántas autopsias te hicieron en tu propio cuarto, a las que yo no permanecía ajeno, y la de veces que los eché de casa por tanta crueldad!

No, hijo. No me hables más de ellos; mira cómo ahora no asoman por donde vivimos, por la residencia de tus sueños y la del amor de tu madre y mío.

No puedes hacerte una idea cuántas veces que he deseado —aunque el odio y el rencor no formen habitualmente parte de mi vida— acercarme aquí, donde estamos, en este maldito parque, y escupirles a la cara unas cuantas verdades: «por esto y por aquello, sois unos mal nacidos». ¡Con qué ganas me he quedado! Pero no; las palabras han permanecido encarceladas en mi pensamiento, arañándose por dentro por no dejarlas, por no darles salida.

En modo alguno, me equivoco al hacer afirmaciones de tal pelaje; tan seguro estoy de lo que digo. ¿O no fueron ellos los que te postraron al potro de la tortura de la que no logras escapar? ¿O no se percataron de lo proclive que estabas al desajuste, a la vulnerabilidad en la que te había sumido tu enfermedad?

Pero en fin, dejemos este canto de dolor y duelo y regresemos a ti, aunque apenas si de ti me alejo, porque sé que mi presencia te redime —eso, al menos, es lo que creo; en realidad, no podría asegurar que fuera del todo cierto—, que te sientes protegido de tus fantasmas, de tus misterios, de ese permanente ajetreo obsesivo cuando conmigo estás.

La noche se ha tumbado herida sobre nuestras cabezas. Decidimos abandonar el parque, la arboleda, la seca luna, la timidez de las farolas.

En tu retorno existe como un punto de inquietud en la mirada, como un esbozo de presentimiento en el parpadeo de tus párpados y en el apretado abrazo de los labios.

Mamá está esperando, al otro lado de la puerta, con las dos manos abiertas; como antes, como ahora. ¡Qué prodigio de ternura y de generosidad! No tienes ganas de cenar. Te acuestas; te acuestas y te duermes casi simultáneamente. Y al mirarte desde la contemplación, te siento como al margen de todo; pero me equivoco —por fortuna con frecuencia—, porque al hurgar en la búsqueda, en el encuentro, me percato de que te perpeñas intacto, en modo alguno degradado. No obstante, es fácil equivocarse contigo, en los últimos tiempos de tu vida. Vas y vienes desde la necesidad, desde el desastre, la orfandad más despreciable, a la transparencia, diafanidad y lucidez de mente, declarándote ajeno a la tormenta, en cuyo centro te encuentras.

Andas de aquí para allá en la tragedia desdoblada: desde la huida al acercamiento, desde las trampas impuestas por la sociedad a la certeza más absoluta.

En tu habitación, tan sólo escucho los latidos del reloj. Apenas tu sensible jadeo se me muestra. La diminuta luminaria de la lámpara de la cercana mesa me permite intuirte más allá de lo que tu cuerpo expresa. No sé si alcanza tu pensamiento, cuya morfología es como un desconcierto en el territorio anárquico de una casa caída, como una imagen entre escombros, barro, derruido todo tú.

Parece como si no fuera un conjunto de palabras plasmadas en ideas, algo etéreo, en su esencia, en la conciencia de tu mente, sino una realidad oculta debajo de una piedra.

No quiero imaginarme qué sería de ti si tu razón inestable decidiera irse, marcharse hacia el sitio equivocado.

Abandono la habitación, tus ojos cerrados, tu sueño; la luz de la lámpara, la soledad de tu alma.

No sé qué hacer cuando así te percibo si sólo la duda de lo que debo o no debo hacer, me espanta.

Alcanzo el salón; me asomo a la calle a través de la ventana. Pero tú permaneces en mi recuerdo, y te identifico en la acera, alzando hacia lo alto como dos manos, tus ojos implorando, solicitando ayuda.

Ya sé que nada veo, pero mi imaginación se presta a ello: a la visión desierta, a la desesperanza sin voces, a tu figura inventada suplicando.

¡Qué otra cosa vas a demandar, si no estás para casi nada, o para poca cosa! Si tu debilidad neurasténica se identifica en la globalidad, en el conjunto de tu figura, hijo mío; si te proclamas con el perfil típico del oprobio; de un aire contaminado hasta la saturación; de una atmósfera de abyección empalada a la cruz de cada paso que, en realidad, no deseas dar.

Y eso que en el principio de tu mal le parecía a mamá todo tu trastorno únicamente un amago una insinuación de derrumbamiento, pero que yo intuí, ya por entonces, lo que se te venía encima, lo que se nos venía encima a los tres.

Tu insistente plegaria en busca de mis manos para aplacar, serenar tu desgarró, si bien puedas dudarle alguna vez, no debes hacerlo porque siempre han estado junto a ti para acariciarte tus sentidos, la transparencia triste de tu gesto.

También tú me has hecho dudar a mí alguna vez; sobre todo a la hora de interpretar esa oscura cronología de tus pasos por las calles solitarias de la noche. Este misterio de tu soledad buscada sujeta al albedrío, yo no la podía compartir con calma, con sosiego, porque ignoraba cuál era el objetivo. En la duda, empecé a perseguirte, a una distancia prudente, para que no me descubrieras y, sediento de miedo, te miraba por desconocer cuál sería el paso siguiente; el siguiente paso a dar. Pero jamás he descubierto nada extraño en sus caminos; quizás el encontrarte complaciente, sin tener que justificar ante nadie tu enfebrecido deseo de buscar, en la noche descubierta, algún pensamiento inalcanzable entre paredes.

Desde luego que han existido momentos de desencuentro; por supuesto. Pero por exceso, Pedro. Por exceso de los dos. Cuando el que buscabas

eras tú, hubo momentos en que podías no encontrarme. Cuando yo te buscaba, tú te escapabas a las calles de la noche.

Sentía yo entonces más remordimientos; cuando acudían a mí tus obsesiones, ese crucificarte por nada a cada momento, exasperándome tanto al contemplarte parodiado en una soflama de títeres y máscaras que me daba casi por ponerme la que tengo en el desván, echarme a la calle y preguntarle a la muchedumbre si les importas algo tú. Hasta tales extremos ha llegado mi impotencia, mi necedad, mi contaminada locura por ti; exclusivamente por ti.

Abro mis ojos nuevamente a través de la ventana; no es que los tuviera cerrados, no; sino que tan sólo estaban mirando hacia dentro, en el campo de mis entrañas desiertas, de tierra seca, abandonada, vieja. No hay ni tan siquiera un ser vivo caminando en esta noche por las calles.

La luz de las farolas se derrama en círculos concéntricos sobre la acera, el asfalto, alterándose su geométrica disposición por las ráfagas del aire.

Regreso de nuevo a ti desde el comedimiento, la templanza y te miro y me hablo pensando qué voy a hacer, sino quererte, cogerte de la mano las veces que sean necesarias, auparte a lo más alto para que puedas contemplar, desde la atalaya más hermosa, tu futuro con menos incertidumbre.

Regresarás, hijo mío; regresarás a lo de antes; recuperarás tu suspicaz mirada, tu atrevimiento, tu locuacidad para vivir (lo de ahora no lo es); tus discursos picaruelos, tu dinamía, el poder inacabado de la palabra.

Sí; sobre todo regresarás de tu peculiar ceguera y recuperarás en tus ojos esa capacidad, virtuosismo que te ha permitido siempre penetrar otras miradas con muy distinta carga y tonalidad.

Caminarás por Juan de Austria hasta alcanzar la Glorieta de Bilbao en este Madrid de la prisa, de la prisa y la indiferencia, de la carencia de solidaridad: todos vamos a lo mismo, a lo nuestro, qué más da el que por tu lado pasa.

Confirmarás la armonía de tu paso, de tu vibrante caminar, de esa marcha homínida del despegue y del aterrizaje. Nadie notará que hayas estado desquiciado, incoherente, extrapiramidal, disártrico.

Retomarás tu dicción, los sonidos ascendentes que lanza tu laringe, con la fuerza del orgullo que siempre tuvieron para enardecer a las masas.

Sí, Pedro. Volverás a ti y, cuando aprietes el timbre del portero automático, lo harás con tanta fuerza (no como ahora que parece roto de silencio), que saldré a abrirte la puerta de la casa como un loco y, mientras escucho el parloteo ascendente del ascensor, me acercaré al rellano de la escalera y, al entenderte ya menos agonizado, sentiré, de la forma por ti deseada, el abrazo que te estoy dando ya dentro de la casa, que querrá significar que ese amor entre tú y yo está hecho, tejido para lo eterno. Y el futuro se hará presente y lo pasado estará entreteniéndose en nosotros, hermanado en el dibujo lineal del tiempo; sí; de estos juegos atemporales en los que se adivina el mejor encuentro de todos los posibles.

Y tú te vendrás a estudiar a este cuarto en el que ahora duermes con la pureza inmaculada de tu vivaz inteligencia; mientras que yo, desde la terraza, examinaré, examinaré el rostro distante de la gente, con esa hipocresía que nos define a todos, pero con el canto, en un punto de su mirada, de esperanza.

Abandonaré la terraza, expondré mi cara ante el espejo de la sala de espera, y cuando me sienta reflejado, surgirá, como venido de la nada, la tuya junto a la mía, y nadie nos negará el parecido, la sonrisa idéntica fluyendo de los labios, la espera de un futuro perpetrado en el risueño gozo.

El día que te licencies en la Facultad con tus compañeros imponiéndooos toga –pasará el tiempo interpuesto muy deprisa, ya verás–, yo me acercaré a ti (o tú a mí, o los dos simultáneamente, será lo más probable) y el silencio, obligado por la emoción de nuestras bocas, expresará toda una vida: la tuya hijo mío, la tuya (a mí me importarán las cosas mías desde la perspectiva que te importen a ti).

Han transcurrido ya varios meses desde que iniciaste el tratamiento. No sé qué pensar. Me resulta difícil hacer una valoración aproximada del estado en el que te encuentras. Pero me temo lo peor. No sé: un presentimiento, una premonición de esas que me asaltan a veces.

Juntos, en la antesala de la Consulta del médico que va a inspeccionar tu mente, nos preguntamos demasiadas cosas, sin palabras; pues estamos incapacitados para contestarnos de alguna manera. Y esto no es bueno. Las dudas son las miserias que incorporan más angustia a la enfermedad. Pero las cosas están exactamente así: inmoladas en una gran interrogante que no nos deja vivir en paz, con sosiego. Vivo nada más que para ti (lo he declarado tantas veces), para cuidarte desde la sugerencia, desde la más exigente discreción y prudencia, para que no te sientas excesivamente protegido, pero con el corazón fuera de su sitio. No podía ser de otra manera.

Arrumbada, como un viejo sillón en un rincón, está mi alma. Desde la reflexión quebrada, insumisa, doliente, me comprometo a suturar los pedazos de esa tierra por la que tú caminas tan desvaído, porque conozco la pesada carga que te asola y te discrepa, de esa delicada enfermedad que te está aplastando, desplomada como una viga de hierro caída sobre ti. Yo bien lo sé, desde hace tiempo.

El tiempo; el inexorable tiempo que pasa y que se alarga y que no deja ver el final de esta prolongada pesadilla.

El tiempo. El tiempo se va quedando perdido atrás, en no se sabe uno dónde, en cualquier sitio, pero huido para siempre. Y lo que de él se pierde, nunca vuelve, por mucho que nos esforcemos en recuperarlo. Se queda instalado en el pasado; catalogado sin número, sin signatura, sin espacio, dispuesto, exclusivamente, para incorporarse como un recuerdo que carece de la pureza de la realidad.

¡Qué sensación de desamparo tienen todas las Consultas Clínicas; qué desazón y desasosiego, cuánta presencia de lo inesperado como fatalidad! ¿Qué será de Pedro, de su madre, de mí; por dónde andará el resuello de su cuadro clínico? ¡Qué difícil es mantenerse íntegro en un espacio donde la espera se erige en la protagonista de excepción!

Te llama Carlos. Me miras. Abandonas el libro, el abrigo sobre mí, como queriendo quitarte tanta carga que bulle dentro de ti. Te entiendo. Siempre. Contemplo cómo se aleja tu desaliñada figura, en la longitud inalterable del pasillo que parece no terminar nunca. Transcurren los minu-

tos, las medias horas. ¿Qué te estará diciendo, qué palabras le comentarás tú a él? ¡Cómo irán transcurriendo las cosas dentro de ese despacho en el que estáis uno frente al otro!

Por fin, oigo tus pasos de acercamiento. ¿Cómo te habrá encontrado?

Carlos me sugiere que lo acompañe.

–Pedro, dice, tengo que cambiar impresiones con tu padre.

Me mira. Intento escudriñar en sus ojos una sugerencia, alguna palabra callada, un silencio significativo. Todo mi mundo converge en su mirada. Exhausto, me levanto. Me tiemblan las piernas; se me acalambra el cuerpo.

Ricardo ven, me dice.

Sumiso, dejo todo en el sillón; ¿qué querrá de mí?

–Ha recaído; han vuelto los síntomas que parecían remitidos. Estas cosas, a veces, son así.

Le he cambiado el tratamiento. Si no mejora, quizás tengamos que ingresarlo.

¡Qué pedazos de piedras se desprenden por las paredes, por el techo, qué caudal de agua penetra por la ventana, qué alboroto de mesas y de sillas! ¡Cuánto el movimiento del suelo en el que se asientan mis zapatos!

Salimos a la calle. Pedro y yo respiramos con dificultad. Nos subimos al coche; se abren los sonidos del motor, colándose como cuchillos en el alma.

Las pupilas de Pedro se deshacen en la pena.

–Todo bien, hijo. No te preocupes. Estas cosas son así. Caprichos, ¿sabes? Paciencia; debes armarte de paciencia. Y de esperanza. Paciencia y esperanza.

–Sí, papá.

Retumban, dentro del coche, estas dos palabras como latigazos. Pero ya no acuden más a nuestras bocas. Nuestro pensamiento tira cada uno por su sitio.

No se lo voy a permitir. No me da la gana que se sienta de nuevo con el corazón dentro de una humareda; dispuesto estoy a no concederle ese permiso, por muy empecinado que se muestre. No se lo voy a permitir. Un

semáforo en rojo detiene el coche; el enjambre de coches en los bardales del asfalto, en esta vieja moratoria del desfalco adscrita a tanto ajeteo. Mire por donde mire, nada anda sereno. Has recaído; pienso, medito. La inoportunidad ha hecho acto de presencia. Maldita. ¡Mil veces maldita la enfermedad que anda entre los hombres!

Pavor me estaba dando —y no me equivocaba ni un ápice al decírtelo pensando— tu insistente regreso al desatino, al desánimo recurrente, a esa desgarrada carne tuya al descubierto, a la vuelta de tanta palabra entorpecida. Pavor, porque, por encima de todo, era sentida, reconocida así por ti: no consigo expresarme como yo deseo, me repetías, después de un tiempo, una y otra vez. Era volver a lo de antes. Lo que pasa es que me estaba negando a aceptar la evidencia.

Pero no te lo voy a consentir, —insiste mi incesante pensamiento—; no me da la gana que regreses por idénticos derroteros. Ni te lo voy a consentir a ti, ni me lo voy a permitir yo.

Cambiaré de médico. Sí; eso. Buscaré otro médico especializado. En Madrid, hay muchos. Y, si es necesario, a Estados Unidos que nos vamos. ¿Ingresarte en el Hospital? ¡Ni pensar! Antes te cojo y, de consulta en consulta, buscamos la píldora exacta para curarte. Pero, ¿no estaré desbarrando? ¡No! Lo que estoy es cabreado. Impotente, quizás, por no saber cómo dar el paso siguiente.

Se abre el semáforo: de rojo pasa a verde. Pongo el coche en marcha, se me había calado.

Bueno, pensándolo bien, vamos a darle una última oportunidad a Carlos. No sé. ¿Consideras necesario hacerlo? Ya le has dado bastantes. Me pregunto y me respondo. Y me continuó hablando. Pedro está igual. Como un desvincijado harapiento, ha vuelto a las suyas; ha recaído sin que nadie se lo haya preguntado ni dado permiso para hacerlo. Pero, Ricardo, ¿qué estás diciendo? Anda, aparta tus pensamientos; o, como el no pensar es un imposible para ti, busca otros derroteros; aparca a Pedro de una vez; al menos, hasta que llegues a casa.

¡Mira que le tenía miedo yo a este control médico!

—¿Por qué, padre; por qué? Me interrumpen tus palabras. Tan metido estaba en mis cadenas, que ni me acordaba de que te tenía junto a mí; en el propio coche. En el asiento delantero.

Te miro y me duelo. No sé qué decirte.

—¿Por qué esto no se cura?; insistes.

—Son residuos, te digo yo; evocaciones tan sólo de lo de entonces; tranquilo, Pedro.

Y, en realidad, el que necesitaba y necesito calma, soy yo.

Un policía de tráfico me para; me sugiere que detenga el coche. Cuando regreso a mí, se lo está indicando a los dos coches que están junto al mío.

Hace tiempo que no escribo en mi diario; debería regresar a él.

Mi diario; mi diario.

—Lo siento, señores, (abro la ventanilla al hacerme una indicación con la mano el agente, con respeto, pero con premiosidad) está interrumpida la circulación; un accidente, ¿sabe? Un chico con una moto; se ha debido de romper algo. —Se oyen las sirenas de las ambulancias; de los coches de tráfico; del murmullo áspero de la gente de su arremolinamiento. Conductores hay que se han bajado del coche para olisquear y cucharetear; atascos, huesos rotos, lo de siempre.

Sí; esta noche escribiré el duelo, el llanto yermo, la desesperación callada.

Pedro duerme; bendito sea su sueño; su dormir. Así no sufre. Inconsciente, ido, no se proclama débil, tan desvalido, tan fuera de este mundo. Duerme, Pedro, duerme. Su rostro parece como de serenidad de una marea baja, silente, sobre la arena.

Apago todas las luces de la casa. Marcho al salón. Tomo mi diario del cajón en el que sé que está. Empieza la catarsis. ¡Ojalá para Pedro las cosas sean tan fáciles como para mí!

Enciendo la luz del flexo que focaliza el cuaderno, mi mano. La pluma se desliza con rapidez incrustando palabras en un papel casi blanco.

Amedrentado como una cala marinera abandonada a quien visita solidariamente la mar, te prevés miserable, ungido en ese mundo hermético, catatónico, de esfinge egípcia de primera generación.

Yo bien quisiera que la existencia te fuera modelando de igual manera qque en la cultura egípcia le fueron humanizando los rostros a las esfinges de piedra; se los fueron enriqueciendo de una tonalidad de ternura y de una expresividad facial sin cabida para el estupor.

Menesteroso, venido a menos, como los envejecidos muñecos de trapo del desván, o como los ebrios intoxicados de alcohol tumbados en la fría soledad de los bancos de esos jardines abandonados que todavía se prodigan. Sí; menesteroso, en la penuria psíquica, vislumbro, en el horizonte perdido de mi imaginación, tu caricatura dantesca y desflecada del retorno, de lo que parecía recompuesto y todo se ha venido abajo otra vez.

Una luna inhumana, por lo distante y fría, caída desde las alturas, impregna la tierra, el suelo, la arboleda; rebota y cambia de sentido tiñendo, ahora de plata, el río de mi alma, el diario en el que escribo de una nostalgia que clama en el desierto.

Desalentado ando, empecinado estoy, en la vereda empedrada de tus sueños que míos también son; adulterados por el nuevo brote que se ha adueñado de tu cerebro, embebido en el alboroto de ese voraz morbo que nos tiene apalabrados en la resignación y en el adulterio del sentimiento.

En el insistente lodazal de esa realidad —presagio de pena y duelo— me contemplo, contenido en el dolor. No me queda otro remedio hasta que se me abran los avernos y, los excesos purulentos de mi estrambótica carne gangrenada, encuentren salida al exterior.

Una honda tristeza se me cae rodando por las calles, por el suelo, por el silencio hurtado de las cosas, por la propia mano con que escribo; y no para, no se detiene (¡pete tu a saber quién la empuja con tanta desconsideración y desatino!), penetra, sobrepasa los lindes del salón y, como una mendiga llena de harapientos, se prodiga en la marcha, en el caminar entre tanta soledad junta, entre tantos ojos ciegos de la noche; ciegos de muerto.

En cualquier caso, prosigue y regresa no sé por dónde y me envuelve y deposita toda la carga recorrida en el trasiego: desconsolado estoy entre tanta exigencia.

Como gajos desprendidos de los chaparrones, una marea neblinosa ha discurrido por ese recorrido, terminando en los adentros de mi corazón.

5 de octubre de 1998.

Ha pasado la noche, el tiempo, la noche y te levantas. Te levantas por propia iniciativa. Y tomas la guitarra, y tocas. Sus cuerdas tañen en el vacío del cuarto, de la casa. Tañe, resentida, en los últimos tiempos tu guitarra. No la recuerdo con sonido de alboroto y regocijo. Canta como los latidos de tu corazón.

Solea la mañana por la ventana y, sentado en el sillón, leo el periódico del día; escucho; te escucho, Pedro, atado a tus sogas, a las cuerdas de tus manos en las afiladas cuerdas de instrumento tan hermoso, bello. Pero, de la mezcla, emergen corpúsculos auditivos de desconuelo, ya no de parodia de intenciones grotescas, sino de drama clamando a disolución, a desaparecer morosamente en la antiplenitud. Sí, Pedro, la pena que andaba por las calles, —mi pena, desde luego—, se mezcla y se enturbia en el fúnebre palabreo de una abundancia de dedos concluyendo una unidad funcional.

Después de tantos miedos que se han ido incorporando por las grietas de tu alma, ahora apareces sumido en el espanto mayor de todos los horrores juntos: el del miedo último, el de tu reingreso en la enfermedad, el del retorno más inesperado al morbo del pasado. Y todo se ha acumulado con tanta saña y tanto desbordamiento maligno que he catalogado tu emblemática existencia desde la páfida ausencia de la nada, desde el baremo cero.

Y yo no sé qué hacer ante pronóstico tan incierto (la incertidumbre es uno de los estigmas más perversos de cualquier enfermedad por su conceptual calado de que nunca puedes prometer), del que deseo mantenerte ajeno. Demasiado transido andas con tu inclemente desvarío, para que yo te mida con números, estadísticas y probabilidades.

No sabes del todo, hijo mío, lo que supone este reingreso, aunque yo me arrastre por idéntico camino. (Lo que es padecer y sentir tu enfermedad

sin padecerla, peor es aún vértela adueñándose de ti, en ti enteramente poseído).

Me hermano hasta la saciedad con tu suerte; me solidarizo desde el amor hasta la extenuación, para no doblegarme a nada ni a nadie.

A veces, intento entender lo que está pasando, pero me cuesta tanto empezar de nuevo, volver a recorrer tan penoso camino, que, en realidad, no sé por dónde ando.

¡Cómo me gustaría que todo esto fuera una simulación, un fingimiento tuyo, la desidia indolente de un ensueño envejecido por el tiempo, o una pesadilla quejumbrosa!

Mañana, tienes revisión médica. A las seis de la tarde. Si tú lo deseas –sólo si tú quieres– iré contigo: pienso, medito. (Suenan clarines de lluvia chapoteando el suelo, los cristales, el alma incendiaria pisada entre el agua y los zapatos).

–Pedro; tú tienes la palabra. Si lo deseas, voy contigo al médico.

Miraba por la ventana los nubarrones del cielo, las nubes amontonadas en lo alto; la humareda opaca del aire enrasado, la nieve caída y soportada en los tejados, en los cables, en el muro de antenas que se identifican en lo alto. Parece ido, como si quisiera aposentarse en la espesura densa del paisaje. ¡Qué mal te andas por ahí hoy, hijo! ¡Qué mal

–¿Me decías, padre?

–Si prefieres ir solo a la Consulta.

–¿Tú? Me preguntas ansioso afirmando.

–Yo hago lo que tú me digas. Ya sabes.

–Estarás cansado. No importa que no vengas. Tengo que ir acostumbrándome a esta soledad que parece que está conmigo, siempre sin yo desearlo.

–Iré.

–Si ese es tu deseo...

–Sí.

Han pasado tres semanas. Te veo mejor: casi como siempre has sido antes de enfermar.

Tengo vibraciones de esperanza; de que la afilada hacha del destino acecha menos el tronco erecto, todavía no caído.

Tienes como un discurso en tu mirada de superación; de arraigo en un futuro que, ¡por fin!, parece que te estás haciendo con él.

Déjame que te mire desde la ignota presencia, leyendo ese libro del *Viejo y el mar*.

¡Qué paz te distingo; qué vuelo de desnuda pluma; que canto esbozado en el inicio presumes!

Hacía tanto tiempo que no me percataba del sosiego tuyo; de tu reposo copado en las estancias de tu cuerpo; por fin, pareces asumir que estás casi curado, que la medicación es cada vez menor, que te soportas vertical, erecto, ávido, sin esas pastillas que te hacían disfrazado.

Alzas la mirada del libro y me sorprendes investigándote. Me sonríes con labios abiertos, como pétalos encarnecidos de tulípanes.

No necesito ni una palabra, ni un gesto más.

La verdad del tulipán abierto ha proclamado tu coherencia, el regreso del averno, del maldito endemoniado.

Una vez más (la verdad esta vez era todo para mí), la enfermedad ha sido derrotada.

La estancia de la sala desprende un olor a virtualidad de tulipán auténtico: el que está frente al que tú tienes en tus labios.

Entre el tulipán y tú existe una complicidad de pujanza, de altivez, de compadreo.

Os dejo en vuestros ojos.

Miro los míos en el espejo de la casa y, de tan alborotados, se humedecen desde la gratitud emotiva del milagro hecho carne de verdad.

SEGUNDA PARTE:

HIJO

CAPÍTULO II

Padre mío, ¿es verdad eso que tú me dijiste de que en tu muerte, a la hora de tu muerte, en tu tumba, sobre la tierra, la sembráramos toda de tulipanes rojos?

Me he enterado por los periódicos de que te habías ido al otro lado de la noche, ¿sabes, padre mío? Uno de esos periódicos que la gente se deja sobre un banco.

HA MUERTO RICARDO GONZÁLEZ

POETA

D.E.P.

Eso de poeta ha sido un acierto; es lo que tú hubieras deseado siempre, pues la vida fue para ti una plenitud de poesía; de residencia en la frondosidad lírica de la palabra.

Pero lo de los tulipanes bien sabes que fue otra cosa: un acto supremo de amor entre tú y yo; una celebración de la curación de un brote mío. Parecía como el final de un desastre, como algo definitivo, como la sanación sin regreso, como el punto final de una aventura clínica, como a ti te gustaba decir a los amigos, jamás hablabas de enfermedad. Y, si alguna vez lo hacías, iba precedida del adjetivo de maldita.

Aventura clínica; sí.

A los pocos meses de esa curación, volví a un nuevo brote. Y desaparecí, ¿sabes, padre? Fue cuando desaparecí. No tuve más remedio. Fue tanto el dolor de madre y del tuyo en la primera experiencia, que sólo tenía dos posibilidades que, en realidad, se concretaban en la misma: desaparecer de vuestras vidas pegándome un tiro en la cabeza o tirándome al tren, o largarme a otra geografía.

Por eso no avisé; ni nada dije, ni dejé carta escrita alguna. Deseaba ausentarme porque, si no, padre, el que te hubieras pegado un tiro en la cabeza probablemente hubieras sido tú. Pues lo que nunca supiste es que yo leía tu diario: precisaba estar al corriente de mi enfermedad bajo la perspectiva tuya, y cuáles eran tus reacciones, tus imposibles, tu desacuerdo para con «mi aventura clínica». Supuse que no soportarías verme de nuevo tan desasistido, tan incoherente, con tanto devaneo en mi razón, con tanto pensamiento inestable. Con madre, todo tenía un calado menor; no en cuanto al sufrimiento: si cabe aún mayor, sino muy especialmente en cuanto a su capacidad para soportarlo. Ella siempre fue más fuerte que tú para todo. Tú eras como más blandengue, a pesar de ser farmacólogo clínico; o, probablemente, por serlo.

Farmacólogo clínico; sí padre. Anda que no te sentías tu orgulloso con tu oficio, que de medicamentos nadie sabía más que tú; que cuando me cogías por banda no parabas, metiéndome en el cuerpo unas ansias por leer todo aquello que con la medicina estuviera relacionado. Y si mi motivación en este terreno fue siempre mucha, cuando me vino lo que me vino a la cabeza, eso de los psicofármacos y su aplicación en las enfermedades de la mente no había nadie de entre mis amistades que supiera más que yo.

Opté por marcharme a un pueblecito de Asturias, en la sierra, en la montaña; con un río helado que lo atraviesa, con personas poco exigentes a la hora de preguntar.

Y si así hice fue porque no deseaba sentirme sometido al culto de la encapsulada píldora. O me trataba según las entendederas del otro lado de la medicina, o a la bala, a la vía férrea, en cualquier caso, al degüello por el hierro.

Esos tulipanes rojos que veo en la distancia, los he puesto yo (ya te lo he dicho, pero necesito decírtelo muchas veces más). Casi estoy a punto de gritarle a la poca gente que ha venido (¡qué ficticio todo!): No los piséis; por favor. Son el lazo del amor que ha unido la vida de mi padre y la mía; la de los dos.

Sí, tulipanes rojos; padre. (¡Qué gélida sumisión la de los cementerios; qué aspecto tétrico, insolvente!).

Un día, cuando me levanté de la cama, en el cuarto en el que tú me hablabas pensando, en el que yo disponía de mis enseres, en el que tú me contabas cuentos desde pequeño, empecé a oír cosas. Consideré, al principio, que todo ese palabreo venía de los vecinos de arriba; ¡qué podía ser si no!

Pero luego, más tarde, un tiempo después, empecé a escucharlos con tan desmedida fruición que hacían acto de presencia en el metro, en el Parque; por la calle, oía esas voces distantes, alejadas como ecos de un silencio envuelto en un espacio de muros de piedra, cerrado por todas partes. Ahora, advierto que no los conecté, al principio, con mi pasada enfermedad. Pero empecé a preocuparme; sencillamente porque ya no eran percepciones, ondas acústicas captadas en mis oídos, sino algo que nacía dentro de mí, como aldabonazos confusos, que se engendraban en mi propia cabeza, y que, por circunstancias extrañas, escapándose, hurtándose el contenido de lo que significaban, los registraba en el otro lado de algún sitio que no sabía precisar; dificultad extrema para ubicarlos en un espacio que acreditara un cierto aire de realidad. Carecían, por lo tanto, de masa, de volumen; quizás, a lo que más pudieran parecerse, era a un eco de un pensamiento mío; no de una palabra, de una voz emitida por mi laringe, mi boca, mi lengua, sino un pensamiento expulsado de mí, y que adquiriría la tonalidad de eco en algún sitio amorfo.

Pero las cosas no se quedaron ahí, padre. Enredado en ese ardor enigmático, empecé no sólo a escuchar pensamientos, sino a verlos. ¿Cómo te diría yo?: a interpretar percepciones visuales de algo que se había representado en mis oídos.

Al carecer de forma definida, a lo que más se parecían eran a esas llamaradas o lengüetas que brotan sobre las cabezas del Entierro del Conde Orgaz, del Greco. Quizás, a alas de paloma, sin cuerpo. En cualquier caso, a algo que flotaba en el seno de una transparencia densa, y que emitía voces vacías, huecas.

Tuve la seguridad, entonces, de que había regresado a lo de antes, de que mi cerebro se había escindido en múltiples fragmentos; o que, su soldadura, se había producido de mala manera. No consulté con nadie; para ser